

ELIZABETH KAY

SIETE MENTIRAS

Traducción de Aurora Echevarría

 Planeta

—Y así es como la conquisté —dijo sonriendo.

Se recostó en la silla, llevándose las manos a la nuca y ensanchando el pecho. ¡Siempre hablaba con tanta suficiencia! Su mirada pasó de mí al tonto que estaba sentado a mi lado, esperando una reacción. Quería ver aparecer una sonrisa en nuestra cara, sentir nuestra admiración, nuestro asombro.

Yo lo odiaba. Lo odiaba en un sentido bíblico, apasionado y total. Odiaba que repitiera esa historia cada vez que iba a cenar a su casa, todos los viernes por la noche. No importaba a quién llevara conmigo. No importaba con qué tarado estuviera saliendo en ese momento.

Él siempre contaba la misma historia.

Verás, esa historia era su último trofeo. Para un hombre como Charles —triunfador, rico, encantador—, una mujer guapa, lista y brillante como Mar-

nie era la medalla final de su colección. Y como vivía del respeto y la admiración de los demás, y tal vez no percibía ni lo uno ni lo otro en mí, se los arrancaba a los otros invitados.

Lo que me habría gustado decir y no le dije es que el corazón de Marnie nunca había sido suyo para conquistarlo. Si somos sinceros, y yo lo estoy siendo por fin, un corazón nunca se conquista. Sólo se entrega y se recibe. No es posible persuadirlo, engatusarlo, cambiarlo, apaciguarlo, robarlo, endurecerlo ni tomarlo. Y mucho menos conquistarlo.

—¿Crema de leche? —preguntó Marnie.

Estaba de pie junto a la mesa de comedor, con una jarrita de loza blanca en las manos. Se había recogido el pelo pulcramente por encima de la nuca dejándose unos rizos sueltos alrededor de la cara, y llevaba el collar torcido, de modo que el cierre y el colgante reposaban juntos sobre el esternón.

Negué con la cabeza.

—No, gracias.

—A ti no te lo digo —respondió ella, y sonrió—. Ya sé que no.

Quiero decir algo ahora, antes de que empecemos. Marnie Gregory es la mujer más impresionante, inspiradora y asombrosa que conozco. Ha sido mi mejor amiga desde que nos conocimos en el instituto hace

más de dieciocho años, así que nuestra relación ya ha alcanzado la mayoría de edad.

Era nuestro primer día y estábamos haciendo cola en un pasillo largo y estrecho, una fila de preadolescentes que serpenteaba hacia una mesa situada en el otro extremo. Había grupos apiñados en corros cada pocos metros, sobresaliendo de la ordenada hilera única como ratones en el vientre de una serpiente.

Yo estaba nerviosa, era consciente de que no conocía a nadie y me estaba preparando psicológicamente para estar sola y desamparada la mayor parte de una década. Me quedé mirando a esos grupos e intenté convencerme a mí misma de que no quería formar parte de ninguno.

Di un paso demasiado grande y demasiado rápido, y pisé los talones de la niña que tenía delante. Ella se volvió. Me entró el pánico, convencida de que me humillaría, me gritaría y me menospreciaría delante de mis iguales. Pero en cuanto la vi el miedo desapareció. Sé que sonará ridículo, pero Marnie Gregory era como el sol. Lo pensé entonces y a menudo lo pienso ahora. Tiene la tez sorprendentemente pálida, de un crema aporcelanado que sólo de vez en cuando sube de tono —después de hacer ejercicio, por ejemplo, o cuando se pone extraordinariamente contenta—, sonrosándole las mejillas. Su pelo es de un color cobrizo intenso, ondulado en tirabuzones rojizos y dorados, y sus ojos pálidos, de un azul casi blanco.

—Perdona —le dije retrocediendo, y bajé la vista hacia mis flamantes zapatos nuevos.

—Me llamo Marnie. ¿Y tú?

El primer encuentro es representativo de toda nuestra relación. Marnie es muy abierta y habla con un tono que infunde cordialidad y afecto. Es modesta, segura de sí misma y valiente, y no es consciente de las ideas preconcebidas que uno puede llevar a una conversación. Yo, en cambio, soy totalmente consciente. Temo cualquier posible hostilidad y siempre estoy esperando lo que sé que finalmente ocurrirá. Siempre cuento con que me ridiculicen. Entonces me asustaba que me juzgaran por el acné de la frente, el pelo castaño desvaído o el uniforme fachoso. Ahora, por el tono tembloroso de mi voz, la ropa cómoda y poco favorecedora con que me visto, el pelo, las zapatillas de deporte, las uñas mordidas.

Ella es la luz, mientras que yo soy la oscuridad.

Lo supe entonces. Ahora tú también lo sabrás.

—¿Su nombre? —bramó la profesora de blusa azul que estaba de pie detrás de un escritorio al comienzo de la cola.

—Marnie Gregory —respondió ella, firme y segura.

—E... F... G... Gregory. Marnie. Ésa es su aula, la que tiene una «C» en la puerta. ¿Y quién es usted?

—Jane.

La profesora levantó la vista del papel que tenía delante y puso los ojos en blanco.

—Ah, perdone. Baxter. Jane Baxter.

Consultó la lista.

—Con ella. Por allí. La puerta de la «C».

Habrà quien diga que fue una amistad de conveniencia y que yo habrìa aceptado cualquier palabra de amabilidad, afecto o cariño. Y tal vez sea cierto. En cuyo caso podrìa replicar que estaba escrito que estuviéramos juntas, que nuestra amistad estaba predestinada, porque más adelante ella también me necesitaría.

Suena estúpido, lo sé. Y probablemente lo es. Pero a veces podrìa jurarlo.

—Sí, por favor —dijo Stanley—. Yo tomaré crema de leche.

Tenía dos años menos que yo y era un abogado con varios títulos. Su pelo era de un rubio casi blanco y le caía sobre los ojos, y sonreía todo el tiempo, a menudo sin razón aparente. Sabía hablar con las mujeres, a diferencia de casi todos sus colegas; supongo que era consecuencia de una niñez rodeada de hermanas. Pero era profundamente aburrido.

Como era de esperar, Charles parecía estar disfrutando de su compañía. Lo que hizo que me gustara aún menos.

Marnie pasó la jarrita por encima de la mesa, sujetándose con una mano la blusa para que la tela —seda, creo— no tocara el frutero.

—¿Algo más? —preguntó mirando a Stanley, luego a mí y finalmente a Charles.

Él llevaba una camisa de rayas azules y blancas con los botones superiores desabrochados, y entre los bordes de la tela asomaba un triángulo de vello oscuro. Los ojos de ella se posaron por un momento allí. Él negó con la cabeza, y la corbata, aflojada alrededor del cuello, se le deslizó más hacia la izquierda.

—Perfecto —dijo Marnie, sentándose y cogiendo la cuchara de postre.

La conversación estuvo dominada, como siempre, por Charles. Stanley podía seguirla, intercalando sus propios éxitos siempre que le era posible, pero yo me aburría y creo que Marnie también. Las dos estábamos recostadas en nuestras sillas, absortas en las conversaciones imaginarias que se desarrollaban en nuestra propia mente mientras apurábamos el vino.

A las diez y media, Marnie se puso de pie, como era su costumbre, y dijo:

—Bien.

—Bien —repetí yo, levantándome también.

Recogió los cuatro boles de la mesa y los apiló en la curva de su brazo izquierdo, y una pequeña gota de jugo rosado de una frambuesa que había en uno de ellos se diluyó en el blanco de su blusa. Cogí el frutero ya vacío (lo había hecho ella en una clase de cerámica unos años antes) y la jarrita de la crema de leche y la seguí

hasta la cocina, que se encontraba en la parte trasera del piso.

Ese piso, el piso de los dos, era testimonio de su relación. Charles había pagado la elevada fianza, como pagaba la mayoría de las cosas, pero ante la insistencia de Marnie. Ella supo al instante que era perfecto para ellos, y no te sorprenderá saber que tiene grandes dotes persuasivas.

Cuando se mudaron a él era poco más que un cuchitril: pequeño, oscuro, sucio, húmedo, distribuido en dos plantas y totalmente abandonado. Pero Marnie siempre ha sido una visionaria; ve cosas que los demás no vemos. Encuentra esperanza en los lugares más oscuros —absurdamente, en mí— y confía en sí misma para convertirlo en algo grandioso. Siempre he envidiado ese aplomo. En su caso, es fruto de la persistencia. No tiene miedo al fracaso, no porque no haya fracasado nunca, sino porque el fracaso sólo ha sido un rodeo, un pequeño desvío, en un camino que finalmente la ha llevado al éxito.

Trabajó incansablemente (por las noches, los fines de semana y todos los festivos del año) para hacer de él algo hermoso. Con sus pequeñas manos arrancó papel pintado, lijó puertas, pintó armarios, fijó moquetas, puso suelos de madera, remendó estores: todo. Hasta que esas habitaciones irradiaron el mismo calor que ella; una confianza serena, una sensación de hogar reconocible aunque indefinible.

Marnie puso los boles en el lavavajillas dejando un espacio entre cada uno.

—Se limpian mejor así —dijo.

—Lo sé —respondí, porque decía lo mismo todas las semanas en respuesta al pequeño gruñido que hacía yo, ya que me parecía un despilfarro de agua.

—Las cosas van bien con Charles —comentó.

Un estremecimiento me recorrió la columna vertebral y me erguí, forzando la entrada de aire en mis pulmones.

Sólo habíamos hablado de su relación una vez, en una conversación marcada por las complejidades de una amistad de muchos años. Desde entonces nos habíamos referido a ella únicamente en términos muy prácticos: sus planes para el fin de semana; la casa que tal vez algún día comprarían en las afueras de Londres; la madre de él, enferma de cáncer, que moría de una muerte lenta, dolorosa y solitaria en Escocia.

No habíamos hablado, por ejemplo, de que ya llevaban tres años juntos ni de que varios meses antes yo había encontrado, de forma inesperada —y sé que no debería haber fisgoneado—, un anillo de diamantes en el fondo de la mesilla de noche de Charles. Tampoco habíamos hablado de que, aun sin ese anillo, avanzaban a toda velocidad hacia un compromiso permanente que los uniría para siempre, con una clase de vínculo que nunca había existido entre ella y yo, ni siquiera después de casi veinte años.

No habíamos hablado de mi aversión hacia Charles.

—Sí —respondí, porque tenía miedo de que una frase completa, incluso una palabra de dos sílabas, sumiera nuestra amistad en el caos.

—¿No te lo parece? ¿No crees que pinta bien?

Asentí mientras vertía la crema de leche que todavía quedaba en la jarrita en el envase de plástico del supermercado.

—Tú también crees que estamos hechos el uno para el otro, ¿verdad? —me preguntó.

Abrí la puerta de la nevera y me escondí detrás de ella despacio, muy despacio, mientras dejaba la crema de leche en el estante superior.

—¿Jane? —insistió.

—Sí, lo creo.

Ésa fue la primera mentira que le dije a Marnie.

Ahora me pregunto, casi a diario, si no hubiera dicho esa primera mentira, ¿habría habido más? Me gusta pensar que la primera fue la menos significativa de todas. Pero eso, irónicamente, es mentira. Si ese viernes por la noche hubiera sido sincera, todo podría haber sido diferente, habría sido diferente.

Quiero que lo sepas desde ahora. Pensé que hacía lo correcto. Las viejas amistades son como una cuerda llena de nudos, deshilachada por ciertas partes y gruesa y protuberante por otras. Temí que el hilo de nuestro amor estuviera demasiado pelado y raído

para soportar el peso de mi verdad. Porque la verdad —que nunca había odiado a nadie como lo odiaba a él— seguramente habría destruido nuestra amistad.

Si hubiera sido sincera —si hubiera sacrificado nuestro amor por el de ellos—, casi seguro que Charles seguiría vivo.